

Pero ya que ha de ser, en tal zozobra
 que venga el sastre y manos á la obra.
 Lo primero, por ver si la una pinta,
 me pides una cinta,
 y yo, porque defiendas tus dos soles,
 te daré una colonia de españoles.
 Luego para zarcillos muy brillantes
 engastados de fúlgidos diamantes,
 para que más celebres tus fortunas
 te compraré, deidad, dos medias lunas;
 y si á esto me respondes entre dientes
 te daré de una escarpia los pendientes.
 Después, porque postura la más rica
 te pongas, mi lindica,
 pródigo todas juntas
 te daré de un ejército las puntas;
 porque con ellas rindas sin afanes
 holandeses, ingleses y alemanes.
 Y para que te ajustes los jubones
 te pondré de dos sitios los cordones.
 Pero ya todo cese, todo calle,
 con lo que á mi beldad tengo que dalle;
 porque con adornados, bellos brazos,
 me des dulces abrazos
 y otras de envidia pongan mil cohetes,
 tendrás dos bien templados brazaletes;
 y porque cuanto quieras, ambiciosa,
 compres para ponerte ya gustosa
 (aquí tu amor me atienda)
 te entraré de campaña en una tienda;
 y si salir quisieres de respeto,
 no te faltará peto;
 mas sí, por regalarte
 con cuanto brinda de cocina el arte,
 gustas de pastelones y empanadas,
 en menos de dos nadas
 te pondré (he de decillo)
 en cualesquiera parte un buen hornillo.
 Y porque cuanto ofrece,
 porque cuanto florece
 en canela ó en clavo ó nuez noscada,
 la isla de las Molucas más preciada
 te daré, así lo quiero, y buenas noches.
 Y en fin, porque te sirva en todos lances,
 para que te defienda en todos trances,
 contra cuantos hicieran á tus broches
 amorosos *aproches*,
 aun para tu lacayo ó escudero
 tendrás en mí, Menguilla, un caballero.

De don Juan Manuel de Rojas. (1)

Anarda hermosa, luz de mis sentidos,
 en quien se hallan á un tiempo competidos
 con maña mucha, con vergüenza poca,
 tomar de manos y pedir de loca;
 yo que nací en las aguas de Aganipe,
 que las gradas pasmé de San Felipe,
 donde he dado á los ciegos
 jácaras y romances á talegos;
 pues no ha habido ladrón, ajusticiado,
 hechicera, judío ni azotado,
 milagros, novedades ni invenciones,
 á los que no haya hecho mis canciones.
 Yo fui el primer autor de los poetas
 que entendió de la jácara las tretas,
 y al acabarlas inventé, allá en Flandes,
 que se escribiese *fin* con letras grandes;
 mas los latinos que se me opusieron
finis coronat opus añadieron,
 tan maldito latin que, sin mohina,
 le usa ya todo mozo de cocina.
 Yo inventé con católicos deseos
 que, por varios rodeos,
 gastasen tres columnas los coplistas
 en invocar los cuatro evangelistas,
 porque fueran sin eso acciones vanas
 el querer rellenar las cuatro planas,
 si aún mintiendo no da bastante paño
 la historia ó cuento de cualquier tacaño,
 y no hay esportillero
 que en coplas cortas gaste su dinero,
 pues si acaso de Brenes las blasfeman
 no darán los dos cuartos si los queman.
 Y jácara cantada en voz sonora
 ha de durar lo menos media hora,
 porque más es preciso que divierta
 si está el que canta con la boca abierta,
 y de esta suerte logran los oídos
 el quedar de la jácara aturdidos.
 Yo también inventé, en cualquier historia,
 el acabar pidiendo gracia y gloria,
 y desde entonces con dos mil razones
 tomaron este estilo los sermones.
 Yo canté los amores de Gayferos,
 encanto de lacayos y cocheros,
 y por más divertirlos
 las historias dí á luz del Conde Dirlos,

(1) Composición tan larga como este Ovillejo no puede, materialmente, escribirse en las cuatro horas que duraba una velada. Es claro que el autor amplió en su casa, con toda tranquilidad, los primitivos versos.

¡Qué tiempo tan mal empleado!—R. P.

por mis prendas, mas no por mi dinero.
 la del afortunado Durandarte
 con su primera y su segunda parte,
 la de Artús y la linda Magalona
 puesta de nuevo en tono de chacona,
 la de Reinaldos con los doce Pares,
 la vida del famoso Cañizares,
 del Señor Don Juan de Austria el testamento.
 Compuse agudo, en sazonado cuento,
 del soldado y del gato que de hijada
 una libra de atún se llevó hurtada;
 y á puro componer á todas horas
 hice cristianas más de treinta moras,
 pues no ha quedado infanta en Berbería
 que no haya ido á Santiago en romería,
 oculta y disfrazada,
 de cristiano cautivo enamorada.
 No ha habido hasta hoy poeta en todo el mundo
 que me eche el pie delante en lo profundo;
 no soy escrupuloso,
 pues con grave reposo
 como me venga bien con absoluta
 diré que fué Lucrecia una gran p...
 y á un hombre honrado, si me aprieta el nudo
 no reparo en decir que es un cornudo.
 No hay que andar que no gasto menudencias;
 pues me arrebatan tanto las cadencias
 que quitaré mil honras al instante
 que á mi verso le ajuste el consonante.
 Al Rey veinte y seis años he servido,
 sin pan de munición y sin vestido;
 pero sin que te asombre
 (¡cuanto consigue con valor un hombre!)
 ochenta mil dragones inhumanos
 he muerto con las uñas de estas manos.
 Los sitios en que he estado son sin cuento,
 las batallas campales más de ciento,
 y á caballo en los hombros de su Atila
 tembló de verme á pie toda mochila;
 no hubo marcha jamás ni campamento
 adonde mi sargento
 no pusiese el bagaje á mi cuidado,
 y yo, en su guardia, bien atrincherado,
 de morteros y pipas
 recibía las bombas en mis tripas.
 No hubo sitio ni asalto
 donde no fuése el mío el primer salto:
 era salto de matas,
 sin gastar pataratas,
 que dicen de experiencia los más llenos
 que vale más que el ruego de los buenos,
 y por no errar le daba sin mansilla
 hacia donde echa el fraile la capilla;

pero, en saco ó despojo, vigilante
 el salto hacia adelante,
 para ser compañero
 del que entraba primero.
 En las pagas pillaba la vanguardia,
 en los choques pescaba retaguardia.
 Y en los avances eran, sin contiendas,
 mi estacada los palos de las tiendas,
 el cuartel más seguro era mi foso,
 mi muralla el lugar de más reposo.
 Barata tuvo el rey mi centinela
 pues no le gasté un cuarto en una vela,
 y por creer mis méritos honrados
 aguardaba á dormir á los soldados.
 Las vanguardias, forrajes y garitas,
 fueron tres pestes para mí malditas.
 Yo era la dicha en todas las funciones,
 que falta en las mejores ocasiones
 y en otras importuna con zozobra,
 pues también embaraza cuando sobra.
 Tengo dados al Rey diez memoriales,
 y de mis Generales
 las honradas patentes
 al Consejo de Guerra hice presentes;
 el ser mías ó hurtadas,
 era, en verdad, nonadas,
 pues yo salgo muy bien de aqueste empeño
 con encajarme el nombre de su dueño.
 Dánse en á presidencia cien ducados
 á cuenta de los sueldos devengados:
 lleve el diablo la finca y quien tal manda,
 que es más fácil sacar bulas de Holanda,
 y habiendo andado, en varios derroteros,
 un año á gatas tras los consejeros,
 tengo desconcertadas las rodillas
 de estar delante de ellos en cuclillas,
 y á puras sumisiones
 he roto siete pares de calzones.
 Quien los ha menester, por desventura,
 mengua de su estructura,
 pues tiene un pretendiente, en lo agachado,
 todo cuanto se agacha de menguado.
 Tan mohino me tienen los truhanes
 de ser enano eterno en sus zaguanes,
 de aniquilarme á pura cortesía,
 de aportar á derriengos á porfía,
 de gravar mi conciencia
 dando por señoría la excelencia,
 que un brazo, vive Dios, de gana diera
 por verlos atacar una trinchera.
 Ya mis prendas, Anarda, te he contado
 de excelente poeta y gran soldado,
 y que con ellas me conozcas quiero

Una petición tuya se ha leído
 en los sordos estrados de mi oído,
 y según tu pedir mi bolsa aclama
 procurador pareces más que dama,
 que el meter tu hermosura en este gremio
 es porque siempre pides con apremio,
 pues pedir es estilo de lo bello,
 de justicia las costas para ello.

Mas quien te viera que andas
 entre tantas demandas,
 dirá que eres sin tiento
 mujer de tribunal ó de convento,
 y que siempre aborreces los soldados,
 cosa que huele á frailes ó á letrados.
 Llégame al alma, al verte pedigüena,
 que tenga una beldad vicios de dueña,
 y que á una niña de una edad tan poca
 como á vieja le huela mal la boca.

Si mi libranza, que aún no está en papeles,
 al gusto te ha tocado cascabeles,
 hiciste mal conjuro
 que, por más que me apuro,
 es más facil sacar sin desvarios
 del Santo Tribunal cien mil judios
 que estén sin esperanza,
 que el cobrar en Hacienda la libranza;
 y que quieras es justo
 (pues el que tú lo quieras es mi gusto)
 tener jurisdicción, porque te quiero,
 sobre el alma, mas no sobre el dinero.

Bien sabes que te adoro,
 que hago en mis versos tus cabellos de oro,
 que hago dos bellos soles de tus ojos
 de quien las libertades son despojos,
 que hago tu frente de bruñida plata,
 tu nariz un cristal que se dilata,
 tus dos mejillas de carmín y rosa,
 pella de nieve tu garganta hermosa,
 tu boca hago de perlas, si no pide,
 tu talle al pensamiento no se mide,
 y aunque ocultos tus pies vuelen, en suma,
 tropiezan con el vuelo de mi pluma:
 pues, por grandes que sean, de un amago
 en dos indivisibles los deshago;
 en fin, hago tus manos azucenas,
 si con ellas me das á manos llenas;
 mas si dan que han de ser, noches y días,
 de bolsillos mentales dos harpías,
 cuando mejor se amañan
 manos de gato son por lo que arañan.
 No solo en lo poético se encierra
 mi afecto, que en metáforas de guerra

veterano soldado, sabré armarte
 de morrión á la greva como un Marte.
 La guerra más reñida
 es, en breve concepto, definida.

Un fiero, formidable mónstruo hermoso,
 cuyo aspecto furioso
 tiene, aunque más lo horrible sea cierto,
 la hermosura en el orden y el concierto
 conque ya, según esto, no me apura
 el que salga hecha un mónstruo la pintura.
 Tus cabellos, de nobles adalides
 son las dichasas máximas y ardides
 que, con feliz acierto en las acciones,
 saben rendir contrarios batallones.
 Tu cabeza es caudillo el más valiente
 que vió Amor de sus tropas á la frente,
 donde se animan bellos escuadrones
 tus raras, peregrinas perfecciones.

Tu nariz es la mina en que su esmero
 puso amor ingeniero,
 porque vuela rendido á su violencia
 cuanto á sus armas hace resistencia;
 pues lo que no pudieron sus ojos
 puede el fuego que exhala por tus ojos,
 y si violento el fuego de las minas
 envuelve de las plazas en las ruinas
 con humo, con estruendos, con horrores,
 muertes, estragos, sustos y temores.
 Lo insensible y viviente
 esta sabe postrar más dulcemente,
 con el süave aliento que respira
 cuanto al arco y las flechas se conspira,
 y quedando á su impulso derrotada
 la guarnición de afectos esforzada
 de la plaza del alma,
 en tan dulce, feliz, amable calma,
 las capitulaciones
 formando con honrosas condiciones
 de ciega esclavitud para su aliento
 memoria, voluntad y entendimiento,
 la rinden ya vencidos
 sus fieles centinelas, los sentidos.

Dos bombas son tus ojos cuyas bellas,
 claras, hermosas, fúlgidas centellas,
 de la ruina del sol dulces ensayos,
 vuelan á competencia de sus rayos
 que, en silencioso ruido disparando,
 son de la vida mátalas callando;
 y haciendo más violentos sus arrojados
 matan en un abrir y cerrar de ojos.
 A estas dos bombas vanos, lisonjeros,
 tus dos párpados sirven de morteros,

pues que les dan admiración
 su impulso para hacer mejor el tiro;
 que, si alevosos son del riesgo capa,
 cuando vuela el incendio nadie escapa.
 Forman con los morteros sin porfías
 tus pestañas dos fuertes baterías,
 donde amor con recelo
 mira una culebrina en cada pelo;
 y si la puntería hacen derecha
 al corazón más duro le abren brecha.
 Son tus cejas partidas avanzadas,
 pues en dos medios círculos formadas
 por uno y otro lado, con sosiego,
 asegurando el campo están de fuego;
 y sus soldados, fulminando ruinas,
 llevan flechas en vez de carabinas,
 cuyas puntas, por ser del riesgo ahorro,
 sirven al riesgo de auxiliar socorro.
 Son dos hermosos campos tus mejillas
 que se forman de iguales maravillas,
 y si el sitio mejor á los contrarios
 con accidentes varios
 descomponen y ultrajan,
 ninguno de los dos tiene ventaja;
 porque uno de otro ageno
 no pueden disputar mejor terreno;
 y porque más se abone
 la perfección que entre ambos se dispone,
 con la igualdad que mide
 la nariz susodicha los divide,
 y viendo en ambos lados tan iguales
 las ventajas cabales,
 muy seguro estaré de que me pierda
 tomando á la derecha ó á la izquierda.
 Pero mejor encuentro
 fuera caer de hocicos en el centro;
 más aunque estén los campos frente á frente,
 aunque rendirse el uno al otro intente,
 no cantarán alegres la victoria,
 que entre los dos los triunfos y la gloria
 han de quedar neutrales;
 porque en batallas tales
 jurisdicción no tiene la fortuna,
 pues no puede vencer de dos la una.
 El Amor en tus labios con acierto
 un peligroso ataque dejó abierto
 donde encontró tesoros de jazmines,
 en cuyo ingenio breve,
 arruinando del pecho el parapeto,
 con obstinado aprieto
 rendir las libertades á ésta traza,
 y conquistar del corazón la plaza;

y encontrando en tus dientes ordenada
 de perlas finas hecha una estacada,
 porque más pronto tu designio saque
 pegado á la estacada abrió el ataque,
 conociendo que así mejor le pierde
 si el enemigo gana cuanto muerde;
 y así el ataque tira sin corduras
 hacia las bolsas rectas cortaduras,
 á la plaza que rinde dando norma
 de que su forma sea *plataforma*.
 Mas ya en averiguarlo no me apuro,
 ni explicar sus afectos más procuro,
 pues es tu boca, Anarda, tan bellaca,
 que á un mismo tiempo ataca y desataca.
 De este marcial teatro delicioso
 es tu garganta el foso,
 á donde más canales
 muestra el agua candores y cristales;
 y en su profundidad precipitada
 dichosamente expiran ahogados
 cuantos, en las escalas de su anhelo,
 aspiran finos á escalar el cielo.
 Tu cuerpo es un castillo en la estatura,
 de airosa proporción en su mensura,
 y aunque es tu barba injuria de la nieve,
 que en el hoyo el Amor incendios bebe,
 entre lo blanco y cano, en mi conciencia
 no acierto á definir la competencia
 con que es tu barba un parangón sencillo
 la mejor *barba-cana* del castillo.
 Si en manos y en valor siempre se encierra
 el principal impulso de la guerra,
 en la guerra de amor, sin que me arguyas,
 no hay manos más valientes que las tuyas.
 Y la internada en ateridos campos
 sostiene allá su guerra con los ampos;
 mas tú que las manejas las destinas
 á que hagan con tus gracias las faginas,
 y siendo lento fuego tus candores
 al dispensar favores,
 si con ellas halagas
 son vivos rayos en tomar las pagas,
 y es ya de su esquivéz genio tirano
 al que sirve mejor darle una mano.
 A tus pies en la lista yo no alisto,
 porque no los he visto,
 y como aquí se niegan á la vista
 no pueden tener plaza en pie de lista,
 que han de ser efectivos, no mentales,
 porque se han de dar pelos y señales;
 yo no sé cuantos sean,
 creánme ó no me crean,